



VERDAD Y ANUNCIO DE LA FE



Año IV, Nº 12, 3 de enero de 2010

EVANGELIO DE LA SEMANA

Juan 1, 1-18

En el principio ya existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. La Palabra en el principio estaba junto a Dios. Por medio de la Palabra se hizo todo, y sin ella no se hizo nada de lo que se ha hecho. En la Palabra había vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no la recibió. Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: éste venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que por él todos vinieran a la fe. No era él la luz, sino testigo de la luz. La Palabra era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre. Al mundo vino y en el mundo estaba; el mundo se hizo por medio de ella, y el mundo no la conoció. Vino a su casa, y los suyos no la recibieron. Pero a cuantos la recibieron, les da poder para ser hijos de Dios, si creen en su nombre. Éstos no han nacido de sangre, ni de amor carnal, ni de amor humano, sino de Dios. Y la Palabra se hizo carne, y acampó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad. Juan da testimonio de él y grita diciendo: - Éste es de quien dije: «El que viene detrás de mí pasa delante de mí, porque existía antes que yo». Pues de su plenitud todos hemos recibido gracia tras gracia: porque la ley se dio por medio de Moisés, la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo. A Dios nadie lo ha visto jamás: El Hijo único, que está en el seno del Padre es quien lo ha dado a conocer.

ESTA SEMANA:

TESTIMONIO: De lama reencarnado a seminarista: testimonio de un budista español.

CONFIRMANDO LA FE: Dos palabras parecen inevitables hablando de la Navidad: asombro y locura

TESTIMONIO

DE LAMA REENCARNADO A SEMINARISTA: TESTIMONIO DE UN BUDISTA ESPAÑOL.

Cuando yo tenía 8 años llegó a casa un lama tibetano. Nos dijo que había tenido unos sueños o visiones y que pensaba que quizá yo era la reencarnación de un lama tibetano. El lama inspiró confianza a mis padres y decidieron darme una formación paralela.

Por las mañanas yo iba al colegio a los salesianos. Por las tardes, tenía clase con dos tutores budistas tibetanos que vinieron a España. Mi educación estaba orientada clarísimamente a ser lama, es decir, maestro. Fui nombrado lama con 15 años. Para mis maestros, yo era la reencarnación de un lama ermitaño tibetano del siglo IV d.C. Ese lama estaba especializado en sanaciones espirituales, Por eso yo atendía muchos casos de dolencias espirituales, me traían enfermos, hacía rituales de sanación.



A los 21 años, vivía en Barcelona. Llegó un matrimonio hindú, de la India, porque habían oído hablar de un sanador espiritual que podía ayudar a su hija enferma. Resulta que el tal "sanador" era un sacerdote católico. El sacerdote me los remitió, porque pensó que yo, al ser budista, una tradición asiática, podía atenderlos mejor.

Organicé una sesión de sanación según el ritual budista. Como de costumbre, además de los padres y la niña, estaban con nosotros unos amigos a los que solía invitar como testigos y ayudantes. Uno es notario, otro psiquiatra, otro ingeniero y el otro informático. Llevábamos ya 13 horas de ritual y no conseguía nada. La niña se agitaba con fuerza sobrehumana, hablaba mezclando idiomas, se ponía en trance... Yo no conseguía ninguna mejora. Y entonces la madre, que no sabía español, dijo en castellano: "En el nombre de Jesús libera a mi hija". Y en ese momento la madre y la hija cayeron inconscientes. Cuando se despertaron la niña estaba curada y la madre no recordaba haber dicho nada. Aquello me impactó. Para mí, Jesús sólo había sido un hombre sabio que ayudaba a la gente.

Salí a reflexionar sobre lo que había pasado. Me encontré un mendigo, que me hizo señas para que me acercase. Yo iba vestido de monje, con la túnica

azafrán y la cabeza rapada. Supuse que querría decirme algo. Pero él sacó un libro y me dijo: "ábrelo". Era la Biblia. Lo abrí 3 veces y me salió la sanación que Jesús hizo en Gerasa. Y entonces entendí que mi vida era seguir a Jesús.

Me dediqué a conocer las órdenes monásticas, los movimientos católicos, y también los ambientes protestantes, ortodoxos, el islam sufí... Buscaba entender lo que Dios me pedía.

Hice los Ejercicios Espirituales de los jesuitas. Ellos me recomendaron ir de voluntario una temporada con los enfermos del Cottolengo. Estuve en el Cottolengo 20 días, y en los enfermos Cristo se me mostró.

Un sacerdote egipcio, copto católico, misionero, me contó su experiencia de vida, como sacerdote misionero. Al oírle hablar, me parecía ver el camino recto de Jesús. Un médico amigo mío, diácono permanente, me preparó una cita con el obispo. Hablé con él, y vimos que Cristo me había tocado.

De Jesús me impactó: el Padre que nos quiere, que nos ha creado a su imagen y semejanza. También el testimonio de Jesús, su coraje de morir por nosotros. Es impresionante cómo lucha con todos en contra. Hay muchos maestros espirituales, pero sólo Él ha muerto por los hombres. Me impresiona la Pasión. Ese "muere por nosotros"... Si no es el Hijo de Dios no puede morir por nosotros. Ni Buda, ni Moisés ni Zoroastro murieron por los hombres.

Pienso que Dios es como la cima de una montaña. Cima solo hay una. caminos hay muchos. ¡Ojo!, unos son de piedra, otros de fango, no son todos iguales. Pero hay un camino recto, el de Cristo.

(La Razón, el sábado 4 de octubre de 2008).

CONFIRMANDO LA FE

DOS PALABRAS PARECEN INEVITABLES HABLANDO DE LA NAVIDAD: ASOMBRO Y LOCURA.

Asombro por parte de nosotros, los creyentes. Locura, por parte de Dios. Dos palabras que van más allá de la simple ternura; porque tal vez hayamos reblandecido la Navidad a base de *ternurismos*: la sonrisa, la ingenuidad, la ternura, son partes inevitables de la Navidad. Pero la Navidad, que es eso, es también mucho



más. Porque la Navidad es un tiempo dulcísimo, pero también tremendo, como tremendo es eso de que Dios se haga uno entre nosotros, que Dios haya querido no sólo *parecerse*, sino *ser* también un bebé.

Hay un verso de Góngora que impresiona siempre y en el que el poeta defiende que el día de Belén es más importante que el del Calvario, porque, dice el poeta: **«hay mayor distancia de Dios a hombre, que de hombre a muerto».**

Efectivamente, el gran salto de Dios se produjo en Belén, su gran descenso hacia nosotros. Y nuestra gran subida. Porque *«si Dios se ha hecho hombre, ser hombre es la cosa más grande que se puede ser»*. Por eso, la gran locura de Dios se produjo este día en el que se atrevió a hacerse tan pequeño como una de sus criaturas. Locura a la que los hombres deberíamos responder con ese asombro interminable de quienes vivieron casi asustados de la tremenda bondad de Dios.

A la locura de Dios los hombres sólo podemos responder con un poco de esa locura bendita y pequeña que es *hacernos niños*. Al portal de Belén sólo se puede llegar de dos maneras: o teniendo la pureza de los niños, o la humildad de quienes se atreven a inclinarse ante Dios.

Algunos dicen que a ellos no les gusta la Navidad, que la Navidad les pone tristes. Y, mirada la cosa con ojos humanos, se puede entender un poco. La Navidad es el tiempo de la ternura y la familia y, desgraciadamente, en estos días sube a los recuerdos la imagen de los seres queridos que se fueron. Recordamos las navidades pasadas con padres, hermanos, con los que se fueron.

Sin embargo, mirando la Navidad con ojos cristianos, son infinitamente más las razones para la alegría que esos rastros de tristeza que se nos meten por las rendijas del corazón. Por de pronto en Navidad descubrimos más que en otras épocas del año que Dios nos ama.

La verdad es que para descubrir ese amor –locura- de Dios hacia nosotros en cualquier fecha del año basta con tener los ojos limpios y el corazón abierto. Pero también es verdad que en Navidad el amor de Dios se vuelve tan apabullante que haría falta muchísima ceguera para no descubrirlo.

Y es que en Navidad, para asombro de todos, Dios, loco por sus criaturas, deja la inmensidad de su gloria y se hace tierno bebé para estar con nosotros.

Textos tomados del P. José L. Martín Descalzo